

Bajar el cielo a la tierra,
donde siempre debió haber estado,
no para abusar de la luz,
sino para desarticular el tinglado de la impotencia
y abolir los pretextos
que pervierten el camino de la alegría.

La música de percusión de las estrellas
se endulzará en la quena de un indio dormido
y en la sonoridad sólo de las ternuras,
mientras de cada sombra nace un duende
para ejercer el oficio imprescindible
de borrar las fechas de todos los epitafios.

No sabemos si vivir es una debilidad o una fuerza,
pero sí sabemos que es una escritura.
Y esa escritura sólo tendrá sentido
al bajar el cielo a la tierra.

Además, la tierra no sabe qué hacer con los muertos,
y al bajar el cielo a la tierra
podría servir por lo menos
para corregir a la muerte.

*

A veces parece
que estamos en el centro de la fiesta.
Sin embargo
en el centro de la fiesta no hay nadie.
En el centro de la fiesta está el vacío.

Pero en el centro del vacío hay otra fiesta.

*

Inventar el regreso del mundo
después de su desaparición.
E inventar un regreso a ese mundo
desde nuestra desaparición.
Y reunir las dos memorias,
para juntar todos los detalles.

Hay que ponerle pruebas al infinito,
para ver si resiste.

Quiero apostar a lo infinito.
No he completado aún mi propuesta.
Quizá no llegue nunca a completarla,
pero sé que es la única que importa.

Y tal vez eso baste:
mi apuesta se hará sola
si yo no la completo.

La acabará por mí
el soplo que he ayudado a nacer.

*

Olvidar una letra
al escribir una palabra
es abrir una puerta
donde no había ninguna.

Y aunque es fácil tapiarla,
el lugar donde hubo una puerta
ya nunca será el mismo
ya adentro de la palabra
seguirá pasando una ráfaga de sentido olvidado.

Una omisión, el error,
crea a veces una brecha
en el rotundo muro
que domestica a la mirada

*

Escribir un texto
y dejarlo abandonado en la página.

No volver a leerlo,
no enviarlo a parte alguna.
Que quede en su reposo de texto.

Y dejar que allí encuentre a su lector,
como todos los textos lo encuentran.

También el que llevamos escrito adentro
y nos parece imposible que alguien pueda leer.

Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia.

El mundo es un llamado desnudo,
una voz y un nombre,
una voz con su propio eco a cuestas.

Y la palabra del hombre es una parte de esa voz,
no una señal con el dedo,
ni un rótulo de archivo,
ni un perfil de diccionario,
ni una cédula de identidad sonora,
ni un banderín indicativo
de la topografía del abismo.

El oficio de la palabra,
más allá de la pequeña miseria
y la pequeña ternura de designar esto o aquello,
es un acto de amor: crear presencia.

El oficio de la palabra
es la posibilidad de que el mundo diga al mundo,
la posibilidad de que el mundo diga al hombre.

La palabra: ese cuerpo hacia todo.
La palabra: esos ojos abiertos.

*

Cada hombre lleva un ángel,
pero no una asexuada telaraña con alas
que lo protege como un paraguas,
sino la réplica justa
de cada uno de sus movimientos,
su copia
en la escritura con carbónico de la vida.

De ese modo, si se pierde el original,
queda la copia.
El archivo
debe estar siempre completo.

La sombra es un fruto madurado a destiempo.
Si se lo aprieta, suele soltar el jugo de la luz,
pero puede también manchar las manos para siempre.

Hay que vivir la sombra como un fruto,
pero vivirla desde adentro,
como se vive la propia voz.

Y hay que salir de ella gota a gota
o palabra a palabra,
hasta volverse luz sin darse cuenta.

El día de los hombres no es un juego.
El día de los hombres está hecho
de algo que sólo empieza con la luz.

*

Perderlo todo.
Abandonar un sueño
y hallar otro:
el sueño donde habita
el vértigo más suelto del azar.

Y el canto que ni los dioses cantan,
por mucho que lo ensayen,
el canto más liviano que los dioses:
el canto de la desposesión.

*

Un amor más allá del amor,
por encima del rito del vínculo,
más allá del juego siniestro
de la soledad y la compañía.

Un amor que no necesite regreso,
pero tampoco partida.
Un amor no sometido
a los fogonazos de ir y de volver,
de estar despiertos o dormidos,
de llamar o callar.

Un amor para estar juntos
o para no estarlo,
pero también para todas las posiciones intermedias.

Un amor como abrir los ojos.
Y quizá también como cerrarlos.

No existen paraísos perdidos.
El paraíso es algo que se pierde todos los días,
como se pierden todos los días la vida,
la eternidad y el amor.

Así también se nos pierde la edad,
que parecía crecer
y sin embargo disminuye cada día
porque la cuenta es al revés.
O así se pierde el color de cuanto existe,
descendiendo como un animal amaestrado
escalón por escalón,
hasta que nos quedamos sin color.

Y ya que sabemos además
que tampoco existen paraísos futuros,
no hay más remedio, entonces,
que ser el paraíso.



Dibujo de portada de Roberto Duarte
revista Crisis Nº12

Ediciones Desmesura
pablojavierrgil@yahoo.com.ar
Nº15 - Septiembre de 2013
San Carlos de Bariloche

TEXTOS DESMESURADOS

POESÍA VERTICAL
ROBERTO JUARROZ

S. C. de Bariloche

15

Septiembre 2013